Queridos niños,

Os voy a contar la historia del pequeño Asier.

Asier era un niño que había tenido una infancia muy triste. Sus padres tuvieron que emigrar a un país lejano por motivos de trabajo. Eran muy pobres y se pasaban todo el día trabajando.

Él estaba todo el día sólo con la única compañía de una pelota de trapo y un camioncito. Nunca había visto un libro y sus padres nunca le habían contando un cuento.

Todo ello le llevó a ser un niño muy introvertido, le costaba mucho relacionarse con los demás niños, y era incapaz de imaginarse historietas para jugar.

Todo cambió cuando sus padres decidieron regresar a su país de origen.

Allí conoció a sus abuelos, a sus primos y demás familia.

Pero lo que más le fascinó fue escuchar el primer cuento que le contó su abuela.

Era una tarde de invierno, estaba nevando y no podían salir de casa. Asier estaba muy inquieto y de mal humor. Su abuela, Aurora, le preparó un chocolate caliente y le dijo que sentara junto a ella al lado de la chimenea, porque iba a contarle un cuento. Asier no sabía, siquiera, qué significaba esa palabra, pero picado por la curiosidad, se apresuró en beberse el chocolate y se tumbó en la alfombra a los pies de su abuela, y empezó a escucharla atentamente.

Aurora le contó el cuento de Caperucita Roja, un cuento que todos vosotros lo conoceréis desde que sois pequeños, pero para Asier fue una gran novedad y quedó embelesado. Creo que nunca un cuento había causado tanta sensación en un niño.

Le pidió a su abuela que le contara otro, y otro, y otro...

Sólo en una tarde escuchó de su abuela, con su voz temblorosa, los cuentos de Hansel y Gretel, Los Tres Cerditos, Pulgarcito y El Gato con Botas. Él no quería que su abuela parase, y le encantaban las moralejas de los cuentos. Pero la abuela estaba ya muy cansada y le dijo que al día siguiente continuarían.

Asier pasó toda la noche en vela recordando los cuentos e imaginando cómo serían los personajes y el paisaje. Era la primera vez que usaba la imaginación. Estaba impaciente porque llegara el día siguiente y poder seguir escuchando los cuentos de su abuela.

Cuando amaneció fue corriendo a buscarla, se metió en su cama, y la abuela empezó a contarle el cuento de El Flautista de Hamelin. Cuando acabó, él quería otro, pero la abuela dijo que era hora de desayunar, y que luego lo que iba a hacer era ponerse a dibujar algo sobre los cuentos que había escuchado.

Asier estaba encantado, y a su vez, enfadado con sus padres, por no haberle contado nunca una historieta.

Sus padres, un poco arrepentidos, fueron a la librería y le compraron el cuento de Alí Baba y los cuarenta ladrones.

Asier no daba crédito a lo que veía, tantos dibujos, tantas sorpresas...Estaba feliz. Pero sus padres no podían permitirse el lujo de comprarle muchos libros. Así que no tenía otro remedio que ver siempre los mismos. Se los sabía de memoria. Se conocía todos los detalles de las viñetas. Y como sólo podía escucharlos cuando alguien se los contaba, puso mucho interés en aprender a leer, para poder leerlos él sólo cuando quisiera.

El día de Navidad fueron todos los primos a comer a casa de Aurora y Asier empezó a contarles, aparte de todo lo que había experimentado con su abuela, nuevas historietas que él mismo se había inventado. Lo vieron tan alegre, había cambiado tanto desde que le conocieron cuando llegó del país dónde había nacido, que se contagiaron todos de aquella felicidad. Lo pasaron muy bien. Fue el mejor día de Navidad que pasaban desde hacía años.

Sus primos, Juan y Pedro, le prometieron que el siguiente viernes irían a por él para llevarle a un lugar sorpresa.

¿A qué no sabéis dónde lo llevaron?

Tachan!!!.... Nada más y nada menos que a una BIBLIOTECA.

Asier no se podía creer que existiesen tantos libros y que estuviesen todos allí juntos, y encima, clasificados por edades, autores,... de forma que le resultaba facilísimo buscar los que más le podían gustar.

A partir de ese día, Asier pasó de ser el niño más triste a ser el niño más feliz del mundo.

Se olvidó de su vieja pelota de trapo, de su camión, no le hacían falta más juguetes, lo único que quería era tener tiempo libre para escaparse a la biblioteca y sumergirse en el mundo de fantasía de los cuentos.

Aparte de divertirse, aprendía mucho.

Como siempre estaba tan alegre, le resultó muy fácil hacer amigos. Todos los niños se acercaban a él para compartir su alegría. Pero no sólo compartía con ellos juegos, sino que también les aficionó en el mundo de la lectura.

Moraleja:

Como véis chicos, leer, aparte de enseñar, divierte y te hace feliz.

Gracias a los egipcios por inventarse los cuentos.

